

# El viaje



LUIS FRANCISCO OSSANDON

Nº 141

\$ 5.00

Julio - Dobre/55

# JULIO DE 1945

De nuestro concurso ¿Conoce Ud.

su País? Premio: \$ 100.00.

# Curanipe, el balneario dormido

El ferrocarril nos deja hasta Cauquenes, la capital de Maule, que nos recibe en su moderna estación. Allí mismo, contratamos el auto que nos llevará a Curanipe, del que nos hallamos a cincuenta kilómetros. Cruzamos rápidamente la ciudad de Cauquenes, que se levanta reconstruida después del violento terremoto de 1939 y luego, el magnífico camino a Chanco se abre a nuestra vista, en toda su gran anchura y se pierde en la lejanía, recto, plano y al parecer interminable. Los terrenos agrestes, a rato gredosos, nos denotan la región poco fértil, apta, sin embargo, para que crezca apenas la vid, aquella de uva negrísima y chica, que al estrujarla fermenta los ricos vinos generosos, no igualados de Cauquenes de Maule.

Así el viaje adquiere cierta monotonía, que se quiebra de pronto porque el coche penetra en cerros y va bordeando profundas quebradas, siempre en espléndida carretera. Aquí el espíritu se sobrecoge ante tanta majestad: Arriba, la alta cumbre y abajo, el precipicio insondable. Y todo, en medio del verdor de los arbustos. Naturaleza casi virgen, que el hombre invadió, sólo para abrirse paso en la construcción del camino, para lo cual los obreros hubieron de colgarse en medio del abismo. Obra de titanes es esta, en el punto llamado El Corte.

El espectáculo magnífico se pierde ahora, para seguir nuestra marcha entre cerros y llanos, hasta que abandona-

mos el camino a Chanco, que continúa en dirección noroeste. Nosotros debemos ahora encaminarnos directamente a la costa. La carretera, siempre en buenas condiciones, nos hace desembocar luego en el mar: aquello que buscamos con ansia, nosotros los que vivimos en las ciudades del Valle Central. Y por eso, cuando el anchuroso océano se destaca a nuestra vista, nos capta la mirada como la de una mujer hermosa, a la que observamos con ojos fijos de impertinente... pero al mismo tiempo de ensoñación, porque el mar, como bien lo sabemos, tiene de poesía y de música...

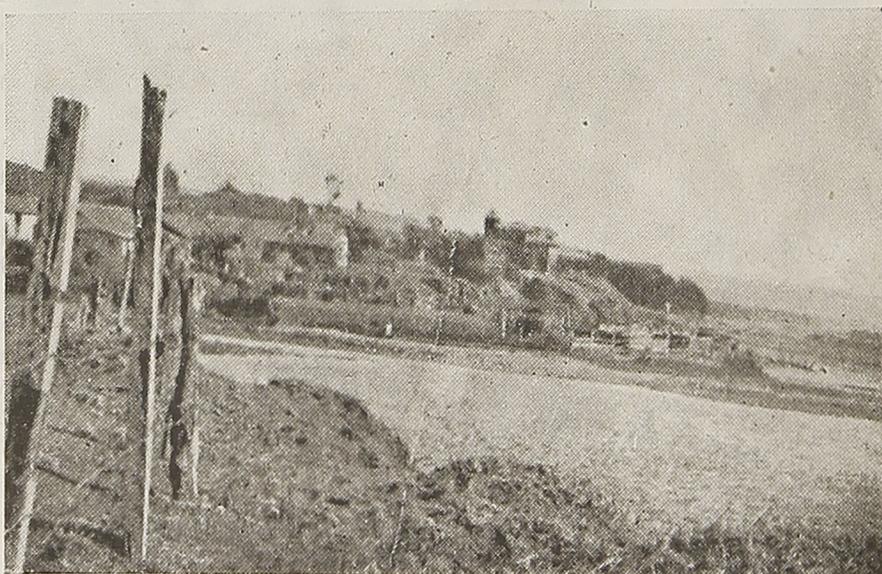
Pelluhue, el balneario gemelo de Curanipe, es el primer punto de la costa que nos recibe. Unos cuantos chalets edificadas en los cerros, nos hacen evocar Viña del Mar. Pelluhue es balneario de mucho porvenir, que no se ha quedado sin progresar los últimos años.

**Por Octavio NIGRO FULLE**

Ahora estamos a diez minutos del término de nuestro viaje. El coche sube en zigzag la empinada cuesta y el camino, sólo en pequeños trechos, deja algo que desear. A ratos no pasa de ser un sendero que bordeando cerros nos muestra de pronto el balneario de Curanipe, al que arribamos después de atravesar el río que lleva su mismo nombre y que se encuentra a la entrada del pueblo. Nuestro viaje ha terminado y nuestra carrera ha demorado setenta minutos, aproximadamente.

Una calle larga, en que se alinean las casas una junto a las otras, nos hace recordar que Curanipe quiso ser en su tiempo una ciudad de puerto. Pero se quedó a medio camino. Hace no muchos años, fué puerto menor. A su desaparecido muelle, se acercaban los barcos de todas las

El pueblo de Curanipe, visto desde la playa.



naciones, a cargar productos de la rica región de Maule. Hasta el año pasado no más, aun existía en pie una de las grandes bodegas que fuertes firmas comerciales hicieron construir, para almacenar productos, que luego abarrotaban los enormes vientres de los barcos. Pero el ferrocarril terminó con todo esto.

En sus rústicos astilleros, a semejanza de los de Constitución, se han construido y aun se siguen construyendo, los faluchos, las pequeñas pero famosas embarcaciones maulinas, que desafiando tormentas marinas, han soltado anclas hasta en San Francisco de California, como si nada hubiese de extraordinario en tan larga y azarosa travesía. Hazañas de nuestra raza fuerte, austera y carente de aspavientos.

Los trescientos habitantes de Curanipe viven en un pueblo de más de seis cuadras de largo, con casas que a veces se encaraman a los cerros. El alumbrado público y el agua potable que llegan a cada casa, denotan una pequeña ciudad de cierto confort.

Su pequeña iglesia de blancas paredes lanza al vuelo su cantarina campana y en el punto más alto del cerro, llama a la oración. Y allá al fondo, el espectáculo magnífico del mar. Parece entonces que la capilla inspirase el final de una novela romántica, en que los clásicos enamorados señalan la última página de la obra con el desposorio a orillas del mar, donde éste besa las olas, en eterna ensoñación...

Su plaza cuidada y limpia, como linda moza provinciana, reúne en las noches de verano a la alegre juventud que llega a ella, unos con guitarra y otros con su sola voz a cantar en sana camaradería, a la bella luz de la luna que alumbra.



Hermoso rincón del río Curanipe.

Curanipe es el balneario preferido de las familias más honorables de Maule y, también, de muchas santiaguinas. Su inigualada tranquilidad hace de este balneario un sitio ideal para los que buscan paz y sosiego, de lo cual carecen las playas de la parte más central del país. Porque allí no hay casino... ni pistas de baile... ni cocteles.

Sus paseos, simpáticos y cercanos, como el río, atraen a los veraneantes en sus apacibles tardes, y a la sombra de sus arbustos pasa el agua en rumorosa sinfonía, en busca del mar, en donde desemboca como pequeño riachuelo. Así pasamos de la playa al campo, sin darnos cuenta. Porque Curanipe tiene también sitios para los que gustan de la caza y de los paseos al campo, cuando el alba despunta en las cumbres serranas.

Las rocas, grandes e imponentes, parecen atalayas del mar cuando las vemos junto a nosotros, después de caminar tan sólo una cuadra desde el pueblo. Las rocas de los Hombres y de las Mujeres nos hacen recordar que nuestros abuelos, en su moral inflexible, no toleraban el baño común entre los sexos. Y en aquellos años sonaba a escándalo y era motivo de comentarios en todo el pueblo, el que un varón se aventurara a la hora del baño, has-

ta llegar a la Roca de las Mujeres y mirara siquiera de soslayo a las damas en trajes de zambullidas, que en la moda de aquella época mostraban no más de la mitad de la pierna... Ahora la juventud se baña en alegre algazara y juntos, mozos y niñas, retuestan sus cuerpos tendidos en la limpia arena.

Curanipe llegará a ser un balneario de importancia. Su situación geográfica y sus bellezas naturales hacen que esto tenga que ser así a corto plazo. Para ello precisa la construcción de un buen camino que, tal como se tiene planeado, vaya bordeando la costa hasta unirse con Pelluhue. Necesita, además, un hotel no grandioso ni mucho menos elegante, pero sí que satisfaga e incremente el turismo de la región. Hasta hoy actualmente, en la entrada del pueblo, una terraza natural, que parece esperar pacientemente la iniciativa de una institución o particular para levantar allí una residencial acogedora y confortable.

Cuando esto suceda, Curanipe ya no añorará su pasada grandeza de puerto menor. Ahora Curanipe —hierbas de las piedras, traducido del lenguaje autóctono— duerme en una tranquilidad que atrae. Por eso, dan deseos que continúe así: placido como su río y silencioso como su pueblo.

O. N. F.